

Cuaresma

Cuarenta días para la Pascua. Cuarenta días de camino por el desierto hasta la tierra prometida. Cuarenta días para la oración, el ayuno y la limosna. Una cuarentena. Una cuaresma.

El centro de la vida cristiana es una persona, es Jesucristo, Dios verdadero y hombre verdadero, puente entre Dios y los hombres, pontífice de la alianza nueva y eterna. Y todo el misterio de Cristo se concentra en su misterio pascual, es decir, en su muerte y resurrección. Celebrar la muerte y la resurrección de Jesucristo es celebrar el núcleo del cristianismo, de la vida cristiana. Y eso es lo que celebramos en la Pascua, durante la semana santa que culmina en el domingo de resurrección. En esos días santos celebramos solemnemente una vez al año el misterio cristiano, que también celebramos cada domingo, e incluso cada día en la Eucaristía.

Este año, la fecha de la Pascua es el 4 de abril, domingo de resurrección, precedido del triduo pascual, de la semana santa. Y el 17 de febrero, miércoles de ceniza, comenzamos la cuaresma, con el rito de la ceniza, con el ayuno y la abstinencia, con el corazón abierto a la generosidad con los hermanos.

La cuaresma es tiempo para volver a Dios. El hombre está hecho para Dios, y el pecado le aparta de Dios, le cierra en sí mismo, le separa de los demás. Volvamos a Dios por la oración más abundante y mejor hecha. Una oración que nos abre al misterio de Dios amor, que nos hace entender que Dios ama con locura al hombre, que Dios no se cansa de amar, a pesar de que tantas veces le olvidamos. Busquemos ratos para leer la Palabra de Dios, para ir a Misa, para confesarnos, para rezar el rosario en familia o a solas, para la adoración eucarística. La primera justicia que el hombre necesita es la de buscar a Dios: «No es justicia humana la que aparta al hombre del verdadero Dios», nos recuerda el Papa en su mensaje de cuaresma con palabras de san Agustín.

Volviendo a Dios, hemos de desatar tantos lazos que nos impiden volar. Estamos apegados a los nuestro. Dios quiere que soltemos amarras y seamos libres para amar. Esto es el ayuno. ¿De qué podría yo prescindir? Un afecto

desordenado, un gasto innecesario, un vicio que me esclaviza, un rencor que me supera, el enganche a la tele o al internet, tantas cosas... Ayunar es privarse de eso para ser más libre. Privarme incluso de cosas buenas, pero que me tienen atado. «Salga el esposo de la alcoba, la esposa del tálamo», nos recuerda la palabra de Dios al comenzar la cuaresma. «Lloren los sacerdotes, ministros del Señor» (Joel 2,16-17).

Salgamos al encuentro de los necesitados. ¡Hay tantas necesidades a nuestro alrededor! Personas solas, familias a las que no les llega el presupuesto, empresas en crisis, puestos de trabajo perdidos. Realmente no podemos plantear nuestra vida buscando nuestra comodidad y nuestro egoísmo. Las víctimas de Haití, las víctimas de la crisis, las víctimas de tantos desamores, las víctimas del aborto, de la droga, del terrorismo. La parroquia nos ofrece cauces de participación en estas ayudas. La cuaresma sea un tiempo de más caridad, más generosidad. «Si Dios nos ha amado de esta manera, amémonos unos a otros» (1Jn 4,11).

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández